

EL MUNDO (24-Abril-2005)

VÓRTICE

Manuel Garrido Palacios

Remolino, laberinto, centro de ciclón, ojo de huracán, eje de una naturaleza desatada, punto clave de una situación de crisis tras cuyo desarrollo aparece otro paisaje con otras figuras; o lo que es lo mismo: idéntico fondo al de ayer plasmado de forma distinta. Todo esto puede sugerir la palabra que da nombre a la columna: «Vórtice», tres sílabas capaces de sintetizar un gigantesco escenario en el que las pasiones y la fuerza interior se enfrentan. En el caso que nos ocupa hoy, término idóneo para titular el nuevo libro de ese navegante solitario llamado Abelardo Rodríguez.

Estaba pasando unas películas de *La duna móvil* cuando surgió en una secuencia la voz en off de este poeta diciendo que «la duna es el esqueleto móvil de un animal fabuloso que quedó varado entre el mar y el bosque» Y pensé que la metáfora respondía con tanta precisión a la imagen que parecía que ambas hubieran sido creadas a la par y no tan por separado como se hicieron cuando le pedí que escribiera algo para mi serie. Coincidencias de la vida, al rato me trajo el correo su libro «Vórtice», último hito –hasta hoy- de la bibliografía poética abelardiana.

Me reafirmé al abrirlo en que leer poesía es esencial. Nunca se conocerá mejor a un autor que a través de sus versos, ni un autor se mostrará tan transparentemente opaco como dándolos a leer, ni se hurgará tan hondo en el alma colectiva como a través de estas radiografías individuales trazadas en renglones. Quitando que una hoja en blanco pudiera ser el mejor poema, la dimensión que alcanza un latido hecho verso se convierte por mano humana en la cornisa a la que se asoma el sentimiento para rozar la belleza. «Vórtice» toma aquello que no pretendía pasar de anécdota y lo eleva a rango de categoría por el difícil camino de los versos. Me supo el libro –como dice Machado de la guitarra del mesón- a que cada lector le encontraría un *noséqué* distinto que lo haría descubrir los sabores del alma.

Abelardo Rodríguez, quizás el escritor onubense vivo más prolífico, uno de esos tipos singulares que se topa uno por ahí, no sacado con troquel del adocenamiento oficial, sino de la fragua artesana de las piezas únicas. es poeta cuando pinta, escribe, diseña o le da la gana; madera tiene para un barco. Profesor en Sevilla (alejado de un localismo irrespirable en Huelva) luce su obra con la libertad que siempre tuvo por enseña, a cuestras con sus zinambaros, sus slachss, sus bolífelos, su marismaire, su añilaire, sus guipures, su maradentro y otros títulos que conforman su bibliografía.

No sé si un verbo tan fresco será mirado con buenos ojos por los que lo saben todo. Si así no fuera habría que pensar que es porque temen, con razón, que cuando el tiempo haga su criba y el cedazo arroje la hojarasca al montón informe, mientras tanta morralla de cenáculo y mesa camilla haya sido olvidada, los versos de Abelardo latirán vivos como en su origen para despertar al Lázaro que cada cual lleve dentro. Tallado para captar la belleza, él sólo pretende por ahora que lo dejen tranquilo para poder seguir siendo lo que es: un claro, formidable poeta.